

CRÍTICA DE LIBROS

LOS LIBROS DE VIAJES Y LA ILUSTRACIÓN: ENTRE LA AUTOCRÍTICA Y LA AUTOJUSTIFICACIÓN

MARÍA JOSÉ VILLAVERDE Y GERARDO LÓPEZ SASTRE (eds.), *Civilizados y salvajes*, Madrid, CEPC, 2015.

La antropología se ha convertido en la actualidad en la prueba de fuego a la que tiene que someterse cualquier tesis universalista. ¿Está el incesto condenado como conducta inmoral en todas las comunidades humanas conocidas? ¿Y el canibalismo? ¿Realmente puede hablarse de la universalidad del sentimiento religioso? Si se afirma que compartimos una moral común fundada en emociones básicas ¿puede probarse dicha afirmación con ejemplos que vayan de Papúa a Indonesia, pasando por Japón o EEUU? Por ejemplo, entre los Ilongot no hay una palabra que remita a la ira, los tahitianos no tienen término para describir la tristeza, los Utka inuit no conocen vocablo que represente el miedo, los Chewong de Malasia no conocen la palabra felicidad... Y aun aceptando que la homología entre emociones y lenguaje es complicada, los datos seguirían siendo importantes, puesto que no parece que haya correspondencia entre estados emocionales y expresiones verbales.

La discusión sobre el alcance de la universalidad de nuestras emociones, costumbres, instituciones y creencias no es,

sin embargo, nueva. Los filósofos de la Ilustración se enfrentaron también a ella con datos antropológicos como fondo del debate, esta vez suministrados por la literatura de viajes. Diplomáticos, turismo aristocrático, comerciantes y misioneros poblaron Europa de toda suerte de aventuras sobre los *salvajes* de África, Asia y América, convirtiéndolos en ejemplo de pureza, de sabiduría o inmoralidad, según los casos. Los ejemplos de diversidad cultural que les acompañaban ayudaron a relativizar la supuesta validez universal de las propuestas conocidas por la tradición, y ofrecieron un espejo a través del cual podía mirarse el mundo *civilizado*.

Los libros de viajes proporcionaron abundante material a Pierre Bayle sobre costumbres y religiones no cristianas, por ejemplo. La información detallada sobre Oriente Medio que provee el libro del hermeneuta católico Richard Simon, *Histoire Critique de la Créance et des Coûtumes des Nations du Levant* (1684) –publicado bajo seudónimo (Sieur de Moni)–, es un útil indispensable para Bayle a la hora de criticar la islamofobia de su tiempo¹. Igualmente, utiliza las *Remarques curieuses sur Rycaut* (1677) del rabino holandés Bespier, texto que

corrige los errores del escritor de viajes inglés Paul Rycaut sobre la supuesta intolerancia de los musulmanes (*The Present State of the Ottoman Empire*, 1688). Así pudo mantener que, a pesar de lo que se dice en la Europa de su tiempo sobre la violencia en el Islam, los cristianos son mucho peores puesto que, aunque el Corán permite hacer uso de la fuerza contra otras religiones, los musulmanes las toleran desde hace siglos. Por el contrario, los cristianos, que tienen prohibida por el Evangelio la coacción religiosa, abusan sistemáticamente de ella allí donde se encuentran, y usan la violencia incluso entre ellos mismos².

Pero los libros de viajes no solo le sirven al filósofo de Rotterdam para presentar una imagen más ajustada del Islam frente a los prejuicios de su tiempo. Las sociedades sin dios que presentaban dichos relatos de viajes le llevaron a analizar la funcionalidad política y moral de un Estado ateo, y sentaron las bases de la discusión sobre la función religiosa del Estado como brazo armado de la Iglesia. Su discusión sobre el Estado aconfesional o su famosa defensa del ateo virtuoso se apoyan en los datos conocidos en el siglo XVII sobre China que Bayle obtuvo de los escritos de los misioneros, como el libro del jesuita Guy Tachard, *Voyage de Siam des Pères Jesuites* (1686).

A través de sus casi 300 páginas, *Civilizados y salvajes* no solo nos acerca a esa literatura de viajes, sino que nos ofrece una buena muestra del modo en que fue utilizada. Los filósofos de la Ilustración se sirvieron de los datos sobre indios y negros que allí aparecían para discutir,

criticar, aprobar o condenar muchas de las costumbres morales e instituciones políticas de la Europa del siglo XVIII. Labor en la que también se debe incluir a algunos teólogos, como recuerda Fermín del Pino, pues también los jesuitas promovieron la discusión de los prejuicios culturales que tenían muchos ilustrados (“Concepto jesuita de civilización y su aplicación a la época ilustrada” pp. 155-178). En ese sentido, la obra del jesuita Acosta se presenta como determinante en la elaboración del concepto de ilustración del humanista mexicano Francisco Clavijero, quien reivindicó la existencia de valores culturales indios muy anteriores a la llegada de los europeos a América, como la propiedad privada, la uniformidad religiosa o la práctica de la equidad en los contratos.

Pero no era solo América la que podía reivindicar valores civilizados propios. En este mismo sentido, Gerardo López Sastre muestra el respeto por la India de un autor como Robertson, quien mantiene que los principios éticos indios son perfectamente equiparables a los europeos, pues en dichas tierras se defiende la prioridad de la motivación subjetiva a la hora de evaluar la conducta, y se señala el bienestar de la Humanidad como horizonte de toda acción que pretenda definirse en términos morales. Según Robertson, dado que tienen tan altos valores, deben ser respetados como pueblo. Estas tesis y otras semejantes le convierten, según López Sastre, en un crítico ejemplar del colonialismo (“La India de William Robertson” 179-197). Aunque, ciertamente, no fue el único. Es conocida

la perseverancia con la que Diderot luchó contra el colonialismo, si bien se le conoce menos como uno de los padres de la doctrina naciente de los derechos humanos. Según Jonathan Israel (“El anti-colonialismo de los ilustrados radicales” pp. 53-71), Diderot, junto con d’Holbach –ambos actores principales de la *Ilustración radical*–, defendió un concepto de derechos humanos que socavó la opinión mayoritariamente aceptada de la superioridad moral y política del hombre blanco europeo.

En este mismo sentido, aun sin defender los derechos humanos en sentido amplio, muchos ilustrados, como Hamann, llegaron a vincular los ideales de una burguesía comercial con la expansión del bienestar de esa Humanidad: la defensa del libre comercio permitiría socializar el bienestar y nivelar las clases sociales, del mismo modo que el libre intercambio de ideas favorecía una educación ilustrada y cosmopolita, tal y como señala Cinta Canterla (“Poder y civilización en Hamann y Herder”, pp. 261-278). El monopolio de la riqueza, de la educación y de las costumbres civilizadas debía ser arrebatado a la nobleza, lo que solo podía hacerse garantizando que la burguesía comercial sirviera de motor de una nueva sociedad más igualitaria e ilustrada.

Pero los ilustrados no fueron absolutamente coherentes en su defensa de la igualdad, como señala María José Villaverde (“Paradojas de los ilustrados: de la igualdad a la justificación del racismo” pp. 25-51), sino que justificaron la inferioridad de otros pueblos en función de teorías sobre la diferencia climática o

sobre las diferencias biológicas, caldo de cultivo en el que florecerán las teorías racistas de los siguientes dos siglos. Prueba de ello fue la defensa del imperialismo que llevó a cabo la filosofía liberal, pues se apoyó en su herencia ilustrada, como muestra María Luisa Sánchez-Mejía (“La transformación de la herencia ilustrada: los argumentos del colonialismo en el siglo XIX”, pp. 279-297). Los pensadores liberales, aun siguiendo los ideales ilustrados de comercio pacífico y expansión de la ilustración, eran, al mismo tiempo, defensores de los intereses particulares de sus respectivas naciones, con lo que respaldaron, en su mayoría, las políticas expansionistas de sus gobiernos. No obstante, esta dualidad no suponía contradicción alguna para estos autores.

Esta duplicidad se percibe incluso en el híbrido de novela y pastoral de Bernardin de Saint-Pierre. Con el telón de fondo de un escenario exótico y la participación de actores europeos, el relato describe la vida de una pequeña comunidad que representa la antítesis de la civilización europea –depravada, desordenada y viciosa– cuyas únicas guías son el dinero y la ambición. Frente a ella se alza el estereotipo del salvaje inocente, bondadoso y simple. No obstante, también se percibe en la obra cierta dualidad puesto que la caracterización de los nativos y población negra implica cierto paternalismo y el reconocimiento implícito de su inferioridad, a decir de Francisco Martínez Mesa (“La crítica a la civilización en Paul et Virgine: el mito de la Arcadia salvaje”, pp. 233-260).

En otros casos no hay duplicidad alguna. Buena parte de los ilustrados elabora-

ron doctrinas filosóficas que justificaban las costumbres e instituciones europeas, entre ellas la propiedad privada o la esclavitud. Según muestra Francisco Castilla en su artículo “Locke y la alteridad (des) considerada” (pp. 73-93), la reivindicación de Locke del trabajo individual europeo frente al trabajo comunitario de los indios, es lo que dota de valor a la propiedad de la tierra. Según Jaime de Salas (“Ideales ilustrados y realidad histórica: Jefferson ante la esclavitud y los indios”, pp. 95-111), la defensa de la esclavitud, por parte de Jefferson, puede explicarse, en parte, por el hecho de ser terrateniente y, en parte, por considerar que se trataba de una institución esencial en la creación de la Constitución americana y en su identidad como pueblo y que, por tanto, su tiempo no era el adecuado para ponerla en cuestión. El interés de Jefferson se centró en influir teóricamente en generaciones futuras, no en hacer cambios políticos en la propia. Por el contrario, Turgot, según Paloma de la Nuez (“Civilizados, bárbaros y salvajes en la teoría del progreso de Turgot”, pp. 199-214), pretendía llevar a la práctica su teoría política y reformar las instituciones y costumbres de una Francia que, a sus ojos, seguía siendo el centro de la civilización. Estaba convencido de que había un único modelo de civilización para todos los pueblos, por lo que fue un acérrimo crítico del colonialismo y se opuso explícitamente al sometimiento de las mujeres, a la esclavitud y al despotismo.

El aspecto pesimista del progreso –del paso de la barbarie a la civilización– está representado por Dèmeunier. A decir de Rolando Minuti (“Del Espíritu de las Le-

yes al Espíritu de las Costumbres: aspectos de la obra de Jean-Nicolas Dèmeunier” pp. 215-232), el rasgo más terrible de todos los que surgen del estado de naturaleza, la guerra, no solo no desaparece, sino que tampoco disminuye una vez alcanza la civilización, puesto que ideas como la identidad nacional o la defensa de la patria presuponen el conflicto sistemático con el resto de Estados. El progreso político o social no presupone, por lo tanto, un progreso moral.

No obstante, los relatos de viajes no solo sirven para asentar doctrinas críticas o justificaciones de instituciones o costumbres europeas, sino que muestran estrategias de convivencia entre pueblos diferentes en las que se promueve la autocritica y se utiliza el olvido político de agravios previos como medio para favorecer el entendimiento mutuo, como señala J. C. Laursen en su artículo (“Encuentros pacíficos: los civilizados, los salvajes y el olvido político como medio político de acomodo mutuo”, pp. 137-154).

Como podemos advertir en el breve recorrido que hemos hecho por sus páginas, la variedad de especialistas y temas propuestos en el volumen que reseñamos es buen reflejo de la pluralidad de propuestas exhibidas por los propios ilustrados. Esta diversidad también puede constatarse en la labor editorial llevada a cabo por María José Villaverde y Gerardo López Sastre, quienes en la propia introducción apuestan por una mirada *bifronte* sobre la Ilustración: “A pesar de compartir un lenguaje común y una misma visión en términos generales, ambos editores tenemos per-

cepciones distintas, o tal vez sería mejor decir que ponemos el énfasis en rasgos diferentes” (Introducción, p. 20).

Este volumen no solo nos ofrece la posibilidad de disfrutar de una magnífica muestra de la visión del mundo conocido que tenían nuestros filósofos ilustrados y del uso crítico o justificativo que le daban para analizar su presente. Su lectura nos sirve, asimismo, para repensar los prejuicios con los que miramos al otro en la actualidad. Un otro que somos nosotros, como bien señala Julio Seoane en

su artículo, pues nos definimos a través de él: “Casi de manera inevitable fue en las fronteras de permanente desorden y salvajismo donde la ordenada civilización encontró nuevas metáforas, imágenes y conceptos para crear su identidad nacional” (“El otro que somos nosotros. La idea de salvaje que sirvió para componer los Estados Unidos y la Escocia del s. XVII”, pp. 113-136, p. 136).

Marta García-Alonso
(UNED)
mgalonso@fsf.uned.es

NOTAS

¹ *Dictionnaire Historique et Critique*, Mahomet remarque L.

² *Dictionnaire Historique et Critique*, Mahomet, remarque AA. La discusión sobre la violencia religiosa es el motor de muchas de las obras mayores de Bayle, como la *France toute catholique* o el *Commen-*

taire Philosophique. Hay edición española de ambas obras: L. COLOMER (ed.), Pierre Bayle, *Comentario filosófico sobre las palabras de Jesucristo “obligales a entrar”* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006); J. ARROYO (ed.), *La católica Francia* (Ediciones del Laberinto, 2000).

AMÉRICA 1492

FRANCISCO CASTILLA URBANO (ed.), *Visiones de la conquista y la colonización de las Américas*. Alcalá de Henares. Universidad de Alcalá. 2015. 248 pp.

La maduración cultural de una comunidad europea va a exigir una concepción de la historia que deje de lado los acontecimientos internos de Europa, y sobre todo, los guerras entre países que caracterizan a la llamada historia política y que atienda a otras manifestaciones como puede ser la expansión colonial que comienza con el llamado descubrimien-

to de América en 1492. Es una historia ya parcialmente escrita y que plantea inevitablemente la justificación de estas conquistas. Como lo muestra el libro que reseñamos, no se trata de una cuestión nueva sino desde 1492, se dan “discursos legitimadores”. Lo sorprendente es la variedad y riqueza de estos que inevitablemente se encuentran entretreídos con el desarrollo de la autoconciencia de la modernidad. Es un tema que está llamado a convertirse en una cuestión central en la medida en que algunos de las zonas colonizadas se convierten en sociedades